

ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID



DISCURSO DE RECEPCIÓN DE:

Don Atanasio G. Saravia

Sillón: 17

28 de junio de 1920

No hay contestación

La Dominación*

DISCURSO DE RECEPCIÓN DEL SEÑOR ACADÉMICO DON
ATANASIO G. SARAVIA, LEÍDO EN LA SESIÓN DEL
28 DE JUNIO DE 1920.

Inmerecidamente honrado con el título de Correspondiente de la Real Academia de la Historia, vengo a presentar este trabajo a vuestras señorías. Nada podría ofreceros que encerrase novedad o pudiese despertar interés en el seno de corporación tan culta y distinguida, por lo que sólo me animará en mi intento el poder patentizar mi gran deseo de coadyuvar a la formación de la verdadera historia escrita de mi patria; historia que tanto ha recibido y tanto espera de vuestro buen saber y acreditado juicio.

En mi humilde opinión, dos circunstancias nos son indispensables para poder formar acertado criterio sobre un punto cualquiera de la historia: primero, disponer de un acopio de datos suficientes que nos permita establecer la naturaleza y desarrollo de los hechos de que tratamos de ocuparnos, y, segundo, que nuestro pensamiento se halle libre de toda traba y toda preocupación, para que, razonando con apoyo de la lógica, no caiga en los errores a que lleva un sentimiento pasional cualquiera.

Al entregarnos al estudio de nuestra historia patria, encontramos a veces muchos puntos confusos y [en] otras, también, juicios contradictorios, al parecer, igualmente fundados. En su primera época, en aquella que antecede al contacto de Europa con nuestro Nuevo Mundo, grandes y muchas resultan las confusiones que se encuentran, y bien poco podemos esperar de los esfuerzos que se hacen para establecer más claramente los hechos ocurridos, que no siempre los datos son explícitos, ni mucho menos completos. Mucho se ha adelantado consiguiendo descifrar mil jeroglíficos y recogiendo un buen número de antiguas tradiciones, pero a ese pesar hay muchos hechos, que no dejando aquella que alcanzara a nosotros, tendrán que escapar siempre a la más diligente observación. Pero si del estudio de esa época pasamos a la de aquella que la sucedió

* Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, Tomo I, no. 3, julio-septiembre de 1942, pp. 225-231

inmediatamente, hallaremos gran acopio de datos y, en consecuencia, escasa discusión sobre los hechos, al menos sobre aquellos de importancia bastante para poder formar los grandes lineamientos de esa historia; pero si esos lineamientos se establecen, los juicios que de ellos se derivan distan mucho de hallarse uniformados, y no obstante los años transcurridos mantiénesse en los ánimos lamentable confusión de pareceres.

Culpa no ha sido de los que antes que nosotros escribieron, pues que si hallaron los datos, no pudieron, en cambio, sustraerse a la tan grande influencia que sobre ellos, forzosamente, ejercía el apasionamiento por sucesos en que o bien habían tomado parte activa o cuando menos les alcanzaban lo bastante de cerca para influir en sus determinaciones y en sus juicios.

La causa de la Conquista y de la Dominación era la causa de España; la causa de Independencia era su causa enemiga, ¿cómo podríamos esperar que los hombres que lucharon por ésta, tuvieran la serenidad bastante de ánimo para juzgar claramente la gestión española en nuestro suelo? En su interés y en sus propios sentimientos se encontraba la difusión del odio al español, que contra el español se entablaba la lucha, y al combatir a éste, combatieron a España, que le había dado origen. De allí el absurdo de abominar de España usando de los medios que de ella sola habíanse recibido, pues que siguiendo los usos españoles, copiando sus instituciones y costumbres llegábase a creer que se luchaba por restaurar antigua independencia, muerta, precisamente, por esa misma civilización, a nombre de la cual se justifica aquella guerra que hizo cesar en México la intervención política española.

El cúmulo de pasiones que engendra siempre una lucha, la natural desconfianza que inspira el enemigo aún después de terminarse la contienda, factores eran que tenían que influenciar profundamente el pensamiento de los que entonces formaron una nación libre, y el alejamiento de España, la dureza para juzgar sus hombres y sus cosas, tenían que ser de los primeros sentimientos del alma nacional que nacía entonces.

Esas ideas, brotadas entre la efervescencia de una guerra; sostenidas como arma de partido esgrimida después constantemente como demostración

de la justicia de una causa, tenían que infiltrarse poco a poco en casi la totalidad de los espíritus; pues que al desarrollarse libremente, sin encontrar casi nunca otras ideas que a ellas se opusieran, iban siendo aceptadas poco a poco como verdades casi indiscutibles, y al fin formaron un criterio erróneo sustentado no sólo por muchos de nuestros hombres ilustrados, sino que, extendiendo su influencia a nuestras grandes masas ignorantes, que no tenían de España más noticias que aquellas que escuchaban en vibrantes discursos de plazuela, las hacía repetir, con enorme inconsciencia, los gritos que en un tiempo señalaran la guerra contra todo lo español.

Pero si es disculpable en ciertas épocas el sostener criterio apasionado, muchas veces absurdo, sobre un punto cualquiera que por entonces se apodera de los ánimos y forma parte, por así decirlo, de la vida de los hombres que lo juzgan, cuando esa agitación haya cesado, cuando vuelva la calma y no haya los motivos que en un tiempo extraviaran el criterio de muchos, no es necesario que la historia escrita fije juicios exactos y despojada de pasiones de partido lleve a los que la lean la enseñanza verdadera del pasado?

La formación de la historia de un país es un trabajo nunca interrumpido, pues que el ensanche diario de los conocimientos adquiridos va descubriendo siempre nuevos puntos de vista. Cada generación aporta algo a esa obra constante, y poco a poco vanse eliminando los falsos razonamientos para que vayan subsistiendo solamente aquéllos bien fundados en principios de lógica y en hechos verdaderos. Los que vivieron antes que nosotros legáronnos en sus escritos y en sus juicios muchos de sus resentimientos personales contra hombres que juzgaron enemigos y contra causas que contrariaban sus ideas; pero el tiempo ha pasado, y ya podemos ver con serenidad aquellos hechos que en un tiempo exacerbaban las pasiones. Nos encontramos, pues, colocados en circunstancias mejores para poder formar un juicio histórico de aquella época de que tenemos datos amplios en qué basar un criterio sereno que, extendiendo poco a poco la luz de su verdad, llegue a normar, de manera más justa, las ideas que se abriguen respecto a lo que en realidad significaron, en nuestra historia patria, las tres grandes etapas en que se halla ligada con España, o sean la Conquista, la Dominación, que resultó como inmediata consecuencia de ella y, por último, la guerra de Independencia,

que puso fin al gobierno virreinal.

Ideas muy grandes hay en esas tres etapas, que por no haber resaltado bastante en nuestra historia escrita, han dejado de infiltrarse en los ánimos y de llevar su contingente para la formación de un juicio exacto lo bastante uniforme para que alcanzase a ser la expresión definida de un sentimiento nacional basado en la justicia de la historia, que al fin es esta ciencia la que pronuncia las sentencias sobre los hombres y las épocas que formaron la vida del pasado, y es ella la que lleva a las conciencias los varios elementos que han de formar criterios sobre ella.

Al tratar de la guerra de Conquista, la opinión general déjase apasionar por el relato circunstanciado de los hechos; duélese de las hecatombes, ocurridas y casi olvidase de lo que [la] guerra tal significó. Clámase contra los actos de los conquistadores, juzgándolos en sí; olvídense circunstancias especiales; no se atiende a los tiempos en que fueron, y al fin, se carga a España con todos los defectos de esa guerra, olvidando también que entonces poco hizo la nación española, y que si México fue agregado a esa corona, más se debió a actos individuales de españoles que a una acción nacional.

Si consideramos la guerra de Conquista como debe de ser, como una empresa inmensamente grande, de terribles peligros y de éxito en sumo grado aventurado, llevada a cabo, no por una nación, sino por el esfuerzo particular de un grupo de individuos, ¿no varía totalmente la apreciación de ella? Cuando unos actos proceden de la política de un gobierno firme que mira al porvenir con el que cuenta, ¿no tendrán éstos que ser totalmente diversos de aquellos actos que ejecuta un hombre, de vida corta y porvenir pequeño, que por su propio esfuerzo y con sus propios recursos acomete una empresa de la que busca obtener un producto inmediato? Es lógico que sí, y como demostración de esta verdad palpable tenemos desde luego la guerra de Conquista.

El conquistador español venido a nuestras tierras, el que arriesgaba en la empresa su vida y su fortuna, tenía que buscar siempre un provecho inmediato que compensara los peligros corridos y asegurara el recobro de sus escasos medios comprometidos en aventura tan

dudosa. Ligado iba a la nación, su madre, por una inquebrantable fidelidad que le hacía ocupar a su nombre las tierras que ganaba con su esfuerzo; pero no eran sus actos los actos de su nación, sino los que ejercía por propia iniciativa y por propio interés. Su gobierno, que lejano y apartado recibía las noticias de que unas nuevas tierras habíanse ya agregado a la corona, empezaba poco a poco a legislar y a intervenir en los actos del gobierno, y advertiase desde luego en sus gestiones su diversa tendencia, pues que sus actos buscaban un equilibrio sólido y durable, buscando una mayor conciliación entre los intereses de sus hombres y de los nuevos hombres conquistados. Pero hay en esa época algo muy esencial, que quizá hasta la fecha no esté bien extendido en las conciencias: es el hecho extraordinario de que tanto los conquistadores como el gobierno español buscaron desde luego, no el hacer en estas tierras establecimientos europeos, sino incorporar a éstos los elementos aborígenes para formar así países nuevos. Este gran pensamiento marca indudablemente para España un lugar distinguido en la historia de la colonización.

Si el español se hubiera limitado al tráfico y comercio con los indios, sin empeñarse en conquistar a éstos para que adoptasen sus usos, sus costumbres y su idioma, habríase mantenido siempre marcada división entre unos y otros; poco a poco los blancos, dotados de mejores elementos, habrían ido ganando más terreno, y la necesidad habría ido imponiendo la eliminación, cada día más completa, de los indios de América, que al desaparecer dejaban para siempre en poder de unas razas extrañas los países que habían sido sus dominios, manifestándose así en toda su crueldad, el predominio completo del más fuerte y el completo, aniquilamiento del vencido; mas al seguirse los sistemas que siguió España en este Nuevo Mundo evitóse la dureza del despojo absoluto, pues que al incorporar a los indígenas a la vida y costumbres de los blancos les dejó España el uso de su suelo, y al mezclar los elementos europeos con los que hallaba en estas nuevas tierras creó para el mundo la América Latina. Fue costosa la lucha, grandes los sacrificios que de una y otra parte se impusieron, pero quedó como imperecedero monumento que recuerde esos hechos, toda una raza nueva y todo un mundo que contra todo prejuicio y contra todo argumento proclame el hecho de haber sido la España la que dio nacimiento a estos países al imponerse la tarea grandiosa de asimilar a ella los pueblos encontrados en

América.

La historia de la Dominación, o sea la historia de esa transformación de nuestro suelo en que durante tres siglos fue asimilándose la civilización mejor, abandonando la civilización antigua, deficiente y escasa, es indudablemente una de las etapas más hermosas de la vida de México. Con verdadero asombro se aprecian los progresos alcanzados que, en algunas regiones, convirtieron en comarcas florecientes tierras antes desiertas o habitadas tan sólo por unas cuantas tribus, salvajes. Con rapidez increíble véense alzarse ciudades donde antes no existía ni su noción; se ve adoptar la vida de nación europea a un país antes totalmente diverso en usos y en sentir, y esa época, esa fecunda época en donde nacen todas nuestras industrias, todas nuestras costumbres, todo nuestro carácter, esa época que formó a nuestra patria en todos sus rasgos esenciales, es quizá la más mal juzgada en nuestra historia. Se han perdido de vista muchas veces los inmensos adelantos alcanzados y se recuerdan sólo sus defectos para inspirar aversión, más que amor, a aquella parte de nuestra historia en que nuestro país adquirió los elementos que pudieron después darle la autonomía.

Esos defectos que en tantas ocasiones se recuerdan, a veces recargándolos de colores sombríos, se hacen también servir como una justificación de la guerra de Independencia que se presenta como una guerra emprendida para sacudir la pretendida tiranía española; no es mucho más hermoso y también más exacto encontrar la justificación de aquella guerra en la propia civilización acumulada que hacía digno al país de llevar vida autónoma? Y si esa civilización la debimos a España, ¿por qué no reconocerlo francamente y al separarnos de ella no separarnos como pueblo vejado que se venga, sino como un pueblo agradecido por los dones que de ella recibiera y que va a usarlos independiente y libre, ya que ella misma llevó su educación hasta tal punto?

Aclarar las ideas de la nación sobre lo que en el pasado representa España para México, es una obra justa y es una obra grande. Justa porque nadie, serenamente, podrá negar la influencia decisiva que en nuestro nacimiento y desarrollo ejercieron, la Conquista y el gobierno español, y que de tal origen se deriva nuestro progreso y nuestra propia vida; y es una causa grande, porque es

hermoso dar a nuestro país nociones más exactas sobre su nacimiento y su pasado, para que, cuando juzgue los hechos que pasaron y los hombres que fueron, lo haga con un criterio recto y sano asentado en la justicia y la verdad.

España dejó en América muchas de sus energías, mucha de su sangre, mucho de su vida; la natural evolución le arrebató su poderío político en América y también se ha querido arrebatarle la gratitud a que sus hechos la hicieron acreedora. Lo primero es natural y lógico; lo segundo lo fue, mas no lo es ya.

Los hombres pensadores, los que estudian la historia de su patria, convencidos se encuentran de nuestra inmensa deuda, pero esos sentimientos fundados en los hechos ocurridos deben ir ya formando conciencia nacional, y para ir formando esa conciencia, necesitan obras que fijen los conceptos y normen el criterio de aquellos que influenciados por pasados prejuicios siguen juzgando a España con unos sentimientos que son sólo el reflejo de una época de luchas y de ardor, factores ambos que son poco propicios para el sereno desarrollo de la idea.

Han pasado muchos años desde el tiempo de lucha; España no despierta ya rencor entre nosotros. Tiempo es de hacerle justicia consagrando su nombre en nuestra historia patria.

Sois Vuestras Señorías los que en constante estudio aclaráis el pasado y lo enseñáis en vuestras sabias obras. Añadid un laurel más a vuestra frente ayudando a alejar de las conciencias los pasados errores, y al colocar a España en el lugar que merece en nuestra historia, habréis logrado una labor muy grande dando a vuestro país sentimientos que lo honren y lo eleven y estableciendo en nuestra historia escrita, en esa ciencia que juzga de los hombres y tiempos que pasaron, principios de justicia y de verdad.

(No hay contestación)